

¿Quién os podrá poner en escritura,
Que lleve sonoro su concierto,
Tanto trabajo, tanta desventura,
Tan increíble hambre, tanto muerto?
Pues lo que digo es abreviatura
O cifra muy cifrada de lo cierto,
Y aunque mas alargásemos la pluma
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura
Abrió los pechos á su compañero,
Estando muerto ya de calentura,
Y aqueste fué Bautista Zapatero:
El cual se sustentó del asadura
Ansi como si fuera de carnero,
Y andando después imaginativo,
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reinoso con sus gentes
Inquiriendo la tierra mas subida,
Pasaron sin haber inconvenientes
Una quebrada llana y estendida:
Llegaronse después quince dolientes
Al tiempo que venia ya crecida,
Demandaron socorro con voz blanda
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvía las respuestas
Horrendas á los pobres miserables,
Por ser palabras sucias, deshonestas,
Tan torpes como él y detestables:
Al fin por no ver quejas tan molestas
Gemidos y clamores entrañables,
Determinaron todos de dejállos
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecía
En proceloso tiempo y lugar malo,
De aquella miserable compañía
Sin reparo, comida ni regalo,
Un Domingo Riberos otro día
Pasó los pechos puestos en un palo,
Luego pasó tras él en un madero
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,
Aunque buscaban vías y maneras,
No pudieron pasar por ser enfermos
Y no tener las fuerzas tan enteras;
Y así quedaron en aquellos yermos
Por cebo de las bestias carniceras,
Y el número de dos menesteroso
No siguió mas los pasos del Reinoso.

Mas por otra derrota van á tiento
En grandísimo riesgo de la vida,
Tallos de hobos era su sustento
Y el regalo mayor de su comida;
E yendo con penoso sentimiento
Encontraron también gente huida:
Recibieron los dos tan gran consuelo
Que parecíoles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero
De diez cristianos, y aunque flaca mano,
Supieron inquirir invernadero
Donde no les faltó copia de grano:
Sanaron el Riberos y el Quintero,
Y el tiempo ya llegado del verano,
Se juntaron con otros fugitivos
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reinoso también hizo parada
Con algunos sustentos pasaderos,
Y enviando la gente mas armada
Por pueblos comarcanos y fronteros,
Acogióse Diego de Losada
Con treinta ó con cuarenta compañeros.
El cual la vuelta de Cubagua iba
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño
De los que por la sierra van á tino,
Asegurabalos de todo daño
Diciendo: « todos vamos un camino. »
El Reinoso, corrido del engaño,
Con el restante de la gente vino
A Venezuela, do los alemanes
Tenían valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa
Con gran valor de su persona sola,
Mas allí no se hizo tanta cuenta
Que por ello le diesen laureola;
Por cuya causa casi por afrenta
Determinó pasar á la Española,
Donde murió después cristianamente,
Y á conjugales nudos obediente.

Losada con su copia de soldados
Y los demás que andaban divertidos,
Llegaron á los pueblos deseados,
Los cuales se hallaron destruidos:
Sus pocos moradores rebelados,
Y en fuerzas de palenques recogidos,
Nadie les daba ya seguro puerto
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,
Hijo suyo, de nobles condiciones:
Fué tutor Paraiama, por ser chico,
El cual favoreció nuestros varones,
Mas el uso de esclavos tan inícuo
Pagóle con muy grandes sinrazones,
Porque el desorden grande de cudicia
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores
De la Cubagua y de su granjería,
O por mejor decir saltadores,
Envejecidos en su tiranía:
Estotros, como no fuesen menores,
Con aquellos hicieron compañía,
Y asolada la tierra comarcana,
Volvieron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,
Y aquellas locas y atrevidas furias,
Pedían los que fueron agraviados
Justa satisfacción de sus injurias;
Los bienes luego fueron confiscados
Para suplir jüeces sus penurias:
Al fin Ortal y Frias y Castillo
Por un hilo sacaban un ovillo.

Este y aquel y el otro les pedía
(Jüez el licenciado Castañeda):
Pagaba con esclavos que traía
El que sin corporal castigo queda;
Pagaba al fin aquel que no debía,
Quiero decir, quien era la moneda:
Esclavos eran costas y derechos,
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avaliados,
O vendidos en públicos pregones
Aquellos pobres desaventurados,
Que nunca cometieron las traiciones;
Finalmente, jüeces y culpados
Eran unos finisimos ladrones,
Pues en nada se vió tal insolencia
Ni tan grande sultura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,
Cubrámoslo con taciturno sello,
Y el que quisiere ver este castigo
Al fin de lo de Ortal podrá leello:
Por ser en este tiempo lo que digo
De las muertes de Aduza y del Argüello,
Que pues de Ortal allí me despedía,
Cubrillas con silencio no cumplía.

Purgadas pues las costas y los daños
Del licenciado Frias y oficiales,
No por eso cesaron los engaños
Y ofensas en aquellos naturales:
Porque por grande número de años
Anduvieron soldados principales
En la contratación mal ordenada,
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,
Varón en guerra y paz de gran recato,
Gran hombre de caballo y agraciado
Mas á bien recebido no muy grato;
Y así fué de Cubagua desterrado
Por cierto desconcierto y desacato:
Hizose con algunos á la vela,
Y vino por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia
Y por los alemanes fué teniente,
Recebiólo con grande cortesía,
Y toda la demas antigua gente:
El Diego de Losada persuadía
Al alemán ya dicho grandemente,
Enviase á tomar las posesiones
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito
Por cédulas del rey y provisiones,
De su gobernacion y su distrito
Eran todas aquestas poblaciones:
Ayudáronle muchos con un grito,
Y él acudió con estas intenciones,
Y con Losada y otras gentes ciegas
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra
Y por aquellos llanos ya sabidos,
Costeando la falda de la sierra
Cien hombres destos bien apercibidos:
Lo que hallan de paz hacen de guerra,
Y de muy largas cadenas proveidos,
Y en ellas grande número de gente
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata
Llevaban muchos hombres y mujeres,
Llegaron á la mar de Chacopata,
Adonde pregonaron sus poderes;
Y luego por gozar de la barata
Acuden de Cubagua mercaderes:
Estuvieron allí los deste bando,
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido
Los capitanes falsos y perjuros:
Los indios no pensando ser fingidos
Salieron de sus fuerzas y sus muros;
Y el consorcio cruel y fementido
Cuando los vió sin armas y seguros,
Dieron sobre ellos repentinamente
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decía,
Como se vió de libertad ajeno:
« Esto no fué valor, ni valentía,
Ni hecho que manó de pecho bueno:
Prendernos con tan gran alevosía
Sobre paz y las manos en el seno;
Pues nosotros salimos como hermanos
Debajo de palabra de cristianos.

« Y pues captividad no merecemos,
De libertad pedimos las enmiendas;
Que si por culpa vuestra nos movemos
A descubiertas guerras y contiendas,
Bien sabes tú, Losada, que sabemos
Defender las personas y haciendas;
Así que pues llamais de paz la tierra,
No la quebreis con tan injusta guerra. »

No por eso cesó su desvarío,
Ni se mudaron estos pareceres,
Antes hierro les dan por atavío;
Y aherrajados hombres y mujeres,
Luego los entregaron al navío
Que tenían allí los mercaderes,
Volviéronse después la tierra adentro,
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,
De Guaramental hijo y heredero,
Ya cacique paupérrimo de rico,
Por los inconvenientes que refiero:
Con estas insolencias que publico
Al muchacho leal, fiel, sincero,
Con seguro que se le prometía,
Le tomaron la gente que tenía.

Estos con otros muchos que tomaron
Por otras partes fuera del asiento,
Ansimismo vendieron y entregaron
A los que iban en su seguimiento;
Y todo lo barrieron y asolaron
Con un luciferino desatiento,
Y sin causa quemaron los bestiales
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,
Firmes en añadir daños á daños,
Para su Venezuela dió la vuelta
Losada con los mas destos engaños:
Cuya perplejidad quedó resuelta
En acabar allí los demás años;
Y viendo de sus dias el invierno
Pretendia tener á aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via
Para lo negociar segun se trata,
Mas el efeto de lo que pedía
Contraria voluntad lo desbarata;
Y al tiempo que sin mando se volvía
En la costa murió de Burburata,
Sin regalo de santos sacramentos
Por hallar despoblados los asentos.

Con este concluimos la jornada,
Y las mas circunstancias de Sedño,
La cual de prolijísima y pesada
Ha sido para mí gran quita-sueño;
Mas pues Cubagua queda rezagada,
Y es el negocio suyo no pequeño,
Justa cosa será que se concluya,
Y después della la vecina suya.

ELEGIA XIII.

Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento.

CANTO PRIMERO,

Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.

Cuanto naturaleza tiene hecho,
Examinado y visto sabiamente,
No vaca ni carece de provecho,
O ya sea cubierto, ya patente;
Que la virtud no pierde su derecho,
Aunque sea la muestra diferente,
Y así vereis do faltan muchas cosas
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crían
Oro ni plata; mas en su distancia
Algunas veces hay tal granjería
Que suele dar riquísima ganancia,
Supliendo aquella falta que tenia
Con cosas de no menos importancia
Que causa natural allí compuso,
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,
Que de lo que contratan las naciones
Alguna buena cosa no le sobre;
Pues aquí cogen copia de algodones,
Allí plomo y azogue, acullá cobre,
Aquí muchos ganados y allí dones
De cristales, viriles y esmeraldas,
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña
Este natural cambio claramente,
La cual aunque es estéril y pequeña,
Sin recurso de río ni de fuente,
Sin árbol y sin rama para leña
Sino cardos y espinas solamente;
Sus faltas enmendó naturaleza
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por plaeles principales,
Que están á sus riberas adyacentes,
Gran copia de riquísimos ostiales,
De do se sacan perlas escelentes,
Con que ha engrandecido sus caudales
Crecidísimo número de gentes:
Diez grados medio mas es lo que nuestro
De la equinocial al polo nuestro.

Entre dos aldeaños es descrita
A cada cual tres leguas comarcana,
Que son la tierra firme y Margarita,
Y es la distancia della toda llana:
Hay caza de conejos infinita,
Que es por allí comida no mal sana;
Podrá tener, según el aparencia,
Como tres leguas de circunferencia.

Tienen sus secas playas una fuente
Al oeste do bate la marina,
De licor aprobado y escelente
En el uso comun de medicina:
El cual en todo tiempo de corriente
Por cima de la mar se determina
Espacio de tres leguas, con las manchas
Que suelen ir patentes y bien anchas.

Descubrió esta isla Colon, cuando
Vido tercera vez estas regiones,
Yendo la tierra firme costéando
Por puertos, por bahías, por ancones:
Vió indios zabullendo y sobraguando,
Y estar debajo largas dilaciones,
Via después coger su redecilla
Y vacialla también en la barquilla.

No conociendo bien aquello qué era
El Cristóbal Colon, como discreto,
Hizo luego surgir en la ribera,
Deseando saber aquel secreto:
Luego gente de guerra salió fuera
Apercebida para tal efeto,
Los indios revolvieron con la proa,
Y en tierra zaboraron la canoa.

Los cuales con los arcos en las manos,
Arma con que se daban buena maña,
Esperaron soberbios y lozanos,
Sobresaltados de la gente estraña;
Mas halagándolos nuestros cristianos
Perdieron los temores y la saña,
Y luego los varones y las dueñas
De paz hicieron apacibles señas.

Allí se conocieron granos bellos
De perlas en riquísimos pomares,
Que son con que así ellas como ellos
Se ciñen y rodean los ijares;
Otros sartas por brazos, piernas, cuellos,
En precio y en estima singulares:
Vieron el modo cómo las sacaban,
Y las conchas adonde se criaban.

Los que vinieron pues en los bateles,
Por no hacer baldía su venida,
Con cuentas y sonoros cascabeles
Rescataron allí buena partida;
Partiéronse de aquestos infieles
Después de la grandeza conocida.
El Colon no cabía de contento,
Por ser autor de tal descubrimiento.

Quiséralo callar, pero la fama,
Impelida de tanta muchedumbre,
Por diversos lugares se derrama
Segun y como tiene de costumbre:
Estos, aquellos y los otros llama
Con trompa de sonora certidumbre;
Acudieron navios al barato
Engrosando las ferias y contrato.

La gente castellana que venia
Por hacer mas á gusto sus haciendas,
Formaron en la isla rancheria,
Pusieron toldos y asentaron tiendas;
Y cebados en esta granjeria
Hacen buhios para sus viviendas,
Trayendo mercancías diferentes
Que rescataban con aquestas gentes.

Podia ser, según mas cierta cuenta,
Cuando la muestra se halló primera,
Año de cuatrocientos y noventa
Con mil y seis corridos de la era:
El indio con la paga se contenta,
Y el español, que mucho mas espera,
Envia su caudal, y á la tornada
Doblaba y redoblaba la parada.

Ansí tenían hachas y machetes,
Cuentas de vidrio, sartas de corales,
Camisas, zaraguéllas y bonetes,
Y cosas mas y menos principales;
Con otras diferencias de juguetes
Apacibles á estos naturales,
Y el valor de un real acontecia
Pagar la cargazon que se traia.

Con estas cosas el aljófár fino
Rescataban aquestos mercaderes,
Con contento del bárbaro vecino
Y grandes regocijos y placeres;
Daban muy ricas piezas por el vino,
Hasta vender los hijos y mujeres,
Y cuantos por aquel compás habia
Ejercitaban esta pesqueria.

Toda la tierra firme comarcana
Mantenía la paz bastantemente,
Y de Paria hasta Maracapana
Iban un hombre y dos de nuestra gente;
La tierra se hallaba toda llana,
A nuestros españoles obediente,
Y diez y doce leguas de Cubagua
Les traían comida, leña y agua.

Eran para las dos parcialidades
De muy gran importancia los provechos,
Pues con estas sinceras amistades
Y los contratos desta suerte hechos,
Indios cumplían sus necesidades
Y los nuestros quedaban satisfechos;
Y ninguno vivir allí podia
Sin aquel agua que se les traia.

Y algunos mercaderes ya potentes,
Que allí fueron personas principales,
Rescataron esclavos destas gentes,
Que de perlas traían sus jornales;
Los cuales como buzos escelentes
Descubrian riquísimos ostiales,
Y con propias canoas y piraguas
Sacaban ya las conchas de las aguas.

En aquesta manera de bajeles
Había gente nuestra marinera,
Que por aquellas playas y plaeles
En guarda de los indios iban fuera:
Algunos tan malditos y crúeles
Como cómitres malos de galera,
Y así de aquestos miseros captivos
Eran pocos los que quedaban vivos.

Por tener muy angosta pasadía
Y mas que limitadas las raciones,
Pues sobre mar el agua se traia
Con las mas necesarias provisiones;
En la mar sumergidos en el dia
Y en la noche con ásperas prisiones;
Y así para quedar dos ó tres hechos
De la vida quedaban diez deshechos.

Este principio y estas ocasiones
De los esclavos fueron perdimiento
De todas las insignes poblaciones
Que en mis versos atrás os represento:
Y el rey por las siniestras relaciones
Para ello prestó consentimiento,
Aunque con instruccion tan limitada
Que el mal no fuera tal á ser guardada.

Algun tiempo se hizo con blandura
No tanta cuanto allí se señalaba,
Pero después fué tanta la soltura
Con que con estos indios se trataba;
Que les era la guerra mas segura
Que lo que mala paz aseguraba;
Pues cuantos menos eran sus engaños
Se les hacían muy mayores daños.

No pueden prolíjimos renglones
Decir *ad plenum* lo que se hacia,
Tantas cautelas, tantas invenciones,
Tanta maldad y tanta villanía:
Mas por no despertar viejas pasiones
Volvámonos á nuestra rancheria,
De quien ya se hacia mayor cuenta
De lo que nuestra pluma representa.

Había ya justicia y oficiales,
Frecuentísimo trato de navios,
No rescataban ya de naturales,
Porque todos tenían sus avios
Para desentrañar estos ostiales
Con propios aderezos y atavios;
Con tanta perla, tanto contratante
Las cosas iban ya muy adelante.

Mostrábase fortuna tan ufana
Y andábase tan próspero camino,
Fue iban á quintar al aduana
Como de trigo sacos al molino:
Muchos sacaban hoy y mas mañana,
Si Joan vino cargado, Pedro vino,
Y entonces hubo indio que traía
Arriba de dos marcos cada día.

Vereis llenos caminos y calzadas
De tráfigos, contratos y bullicio,
Las plazas y las calles ocupadas
De hombres que hacían sus oficios;
Vereis levantar casas torreadas
Con altos y soberbios edificios,
Este de tapia, aquel de cal y canto,
Sin que futuros tiempos den espanto.

No vuelan ni concurren tan frecuentes
Las palomas en indica saona,
Para hacer sus nidos en las frentes
Que miran los confines de la zona;
Cuanto todos andaban diligentes
En la que nueva Cáliz se pregona,
Con tal hervor y tal desasosiego
Cuanto por secas ramas vivo fuego.

Ocurrió grande copia de oficiales
A la nueva ciudad que se hacia,
En navios traían materiales
Y cuanto la tal obra requeria;
Porque la grosedad de los caudales
Estas costas y mucho mas sufria,
Y con salir tan caras estas cosas
Allí hicieron casas suntuosas.

Fué la de Barrionuevo la primera
Un escudero natural de Soria,
Fué luego la de Joan de la Barrera,
Cuyo valor es digno de memoria;
Y luego la de Pedro de Herrera
De quien pudiera yo tejer historia,
Y la de Castellanos, tesorero,
Que fué de los mejores el primero.

La de Portillo fué con tal esmero
Que podia servir de fortaleza,
Otra también de Diego Caballero,
Mariscal y señor de gran riqueza;
Un Alvaro Beltrán, varon entero
En todas buenas partes de nobleza,
Un Anton de Jaen, Rojas y Niebla,
Con otros que se quedan en tiniebla.

Y Francisco de Reina también era
Un varon tan cabal y tan bastante,
Que con justa razon yo bien pudiera
Decir de sus proezas adelante;
Pero la brevedad desta carrera
No da tanto lugar al caminante;
Su yerno fué Pero Ruiz de Tapia,
Noble de condicion y de prosapia.

Hijo del dicho Reina fué Bautista,
Sacerdote prudente y avisado,
El cual es destas cosas coraista
Y en ellas vive hoy bien ocupado;
Y así no baré yo mas larga lista
Dejando para él este cuidado,
Pues yo con brevedad añudo gonces
De las cosas que vimos entonces.

Leña y agua de Cumaná venia
De rios que la dan en abundancia,
Y en barcos y navios se traia
Con pipas siete leguas de distancia:
Trataban muchos esta mercancía,
Teniéndola por próspera ganancia,
Pues al Jaen que digo hizo daño
De cinco mil ducados en un año.

A todos los que son en esta era
Oyendo lo que no les fué visible,
No parecerá cosa creedera
Gasto de leña y agua tan terrible:
Pero mi relacion es verdadera,
Y así no la tengais por imposible,
Y aun es mas que los precios señalados
Lo que va de los pesos á ducados.

Pues como fuesen indios muy famosos
Los moradores destas poblaciones,
De nuestra santa fe menesterosos
Y de defensa ya de sinrazones,
Acudieron algunos religiosos
Movidos de cristianas intenciones,
Procurando traellos al aprisco
Dominicanos y de San Francisco.

A Cumaná vinieron franciscanos,
Do monasterio luego fué fundado,
Con llana voluntad de los paganos,
Por cuyas manos era fabricado;
Y los frailes por términos cristianos
Apacentaban bien este ganado,
Santísimos preceptos predicando
Y muchos convirtiendo y bautizando.

En esta obra cada cual entiendo,
Conclusas horas del divino canto,
Y en el Chichiriviche mas allende
Cinco leguas hicieron otro tanto
Los dominicos, donde se pretende
Perseverar en el oficio santo,
Año de diez y seis era ya esto,
Cuando tomaron mal seguro puesto.

Convento fabricado y templo hecho
Donde todos vivían recogidos,
Con gran observacion de su derecho,
Sin ser á lo siniestro divertidos,
Muy en contentamiento y en provecho
De los por convertir y convertidos;
Aquel perturbador de cosas pias
Su eizaña sembró por estas vias.

Un cierto capitán, que no debiera,
Hojeda creo yo que se decia,
Rescatando maíz por la ribera,
Segun que de costumbre se tenia,
En el puerto de Guantar salió fuera
Y entróse con alguna compañía,
A rescatar como solían antes
En pueblos de la mar algo distantes.

En los cuales compró mucha comida
Pagándoles por ella su interese,
Y á los indios por quien le fué vendida
También les demandó quien la trajese;
Fuéle bastante gente proveída
Diciéndole que luego la volviese;
Mas el mal capitán y gente suelta
Nunca les consintieron dar la vuelta.

Antes fueron allí los galardones
Indignos de quien dió tan buen avio,
Pues llegados mujeres y varones
Cargados á la boca de aquel rio,
Les pusieron cadenas y prisiones,
Y los metieron dentro del navio;
Hecha la suerte perñida tirana,
Luego bajaron á Maracapana.

En el puerto surgió la carabela
Debajo de cubierta los hurtados,
Y recogida ya la blanca vela,
En la playa saltó con sus soldados,
Con los mismos designos y cautelas
De que tan mal usó con los pasados;
Mas aquestos sabían ya de cierto
Los tratos y traicion del otro puerto.

Hiciéronles muy buen acogimiento,
Prometiéndoles vender mucha comida,
La cual por estar lejos del asiento
No podia tan presto ser traída:
Dilatando la venta con intento
Y fin de despojallos de la vida,
Ruegan al capitán deje la playa
Y con su gente por los pueblos vaya,

Certificando que rescataría
Esclavos y comida con hartura,
Y el torpe capitán bien lo creía;
Mas por le parecer poca cordura
Dejar allí la presa que traía,
Que lo traigan allí solo procura:
Los indios con fingidas alegrías
Pidiéronle de espacio cuatro días.

Por los poder matar á coyuntura
Y tiempo que les fuese conveniente,
Porque también habían hecho jura
Con todos los demás de aquella frente
De no dejar á vida criatura
Que de españoles fuese descendiente;
Y para los efectos desta guerra
Estaba conjurada ya la tierra.

Con estas esperanzas los dejaron
Sin ellos sospechar el mal futuro,
Y parte de los indios se quedaron
Cuasi por apariencia de seguro:
Otros con Toronoima se juntaron,
Cacique principal, cruel y duro,
Para ser del en la traición instrutos
Y en un parecer solo resolutos.

Allí llegaron furias infernales
Para la ejecución del caso feo,
Estimulando mas estos bestiales
A tan cruel y perdido trofeo;
Y así las insolencias fueron tales
Que vencieron aun á su deseo;
Y algunos que miraban á mas lejos
Estaban ya confusos y perplejos.

Mas poco duran buenas intenciones
En torpes, viles y apocados senos,
Donde hacen mayores impresiones
Los pésimos consejos que los buenos:
Mayormente soezes corazones
Si de rabiosas furias están llenos,
Como lo hizo con aquesta gente
Un indio que les dijo lo siguiente:

«Mal me parecen tantas variedades,
Y si verdad conviene que se diga,
Conoceréis ser grandes poquedades
De todos cuantos hay en esta liga
No quebrar con furor las amistades
De gente que nos es tan enemiga;
Pues si por bien pensais hacella buena,
Abris camino para mayor pena.

«Cesen los devaneos y fatigas
En el efectuar tan justa cosa,
Cortemos ya, señores, las espigas
De do sale simiente tan dañosa;
Pues jamás comeremos buenas migas
Con gente, que por ser tan ambiciosa
Aquí y allí, y en todas partes pican,
Haciendo lo contrario que predicán.

«Que sean fraudulentos y tiranos,
Que sean atrevidos homicidas,
Los ejemplos tenemos entre manos
Por las cosas atras acontecidas,
Donde los mas pacíficos y llanos
Corremos mayor riesgo de las vidas,
Y no son estas, no, vanas sospechas,
Pues veis de nuevo las maldades hechas.

«A justas defensiones os provocho
Contra malignidad que nunca cesa;
Pues si no refrenais intento loco
Sustentando pacífica promesa,
De consumirnos hemos poco á poco,
Y aun mucho á mucho ya, según su priesa,
E yo no siento que quebranta fueros
Quien resiste sus males venideros.

«Los frailes, aunque nos parecen buenos,
Y de santas palabras y obras pias
Aquellos santuarios están llenos,
Yo tengo para mí que son espías;
Porque españoles son ni mas ni menos,
Y por no consentir idolatrias,
Huye de dar respuestas al reclamo
De los piaches el Oriquiamo.

«Bien veis que por palabras y en escritos
Suelen abominar estos letrados
Las viejas ceremonias y los ritos
En que fuimos nacidos y criados:
Aquestas son sus voces y sus gritos,
Y en esto viven todos ocupados:
Frailes quitan deleites y placeres,
Y los otros los hijos y mujeres.

«Y pues ellos por tan dañosos modos
Quieren que nuestra gente se destruya,
Meneemos acá manos y codos
De suerte que su vida se concluya,
Para que desta vez se borren todos
Sin dejar en la tierra cosa suya,
Tentando por tal vía la fortuna,
Que en Cumaná y acá demos á una.»

«Cuadró tan bien al bárbaro guerrero
La traza de tan mal labrada talla,
Que sin considerar el paradero
Fueron á la flaquísima batalla;
Y á Cumaná hicieron mensajero
Por avisar á la cruel canalla,
Para dar á la hora prevenida,
Y ellos luego hicieron su partida.

Como las bravas ondas conmovidas
Del viento que se muestra riguroso,
Que van unas tras otras impelidas,
Sin mezcla de descanso ni reposo,
Hasta que las riberas son heridas
Del embate feroz y presuroso;
Con tal ímpetu van aquestas gentes
A combatir los pobres inocentes.

Mil y quinientos eran ya corridos
Con otros diez y nueve de la era,
Al signo capricornio convertidos
Los carros que rodean el esfera;
Cuando los indios iban revestidos
De Aleto, Tisifone y de Mejera,
Y cuando del divino sacrificio
Los frailes celebraban el oficio.

Entonces la maldad y sinrazones
Usando sus inicuos privilegios,
Por dar fin á sus malas intenciones
Cercaron los santísimos colegios,
Y en las casas de santas oraciones
Hicieron detestables sacrificios;
Con furia tan bestial y tan nociva
Que en ellas no dejaron cosa viva.

Sueltas llevan las riendas las maldades:
Aquí y allí vereis descabezados,
Con otras insolentes crueldades
Hechas en estos bienaventurados:
Imágenes partidas en mitades,
Y los altares muy ensangrentados;
Porque cuando llegaron furiosos
Celebraban algunos religiosos.

Segun infernal furia se lo dijo,
La crueldad usó de sus imperios:
Desmembraron el santo crucifijo
Con nunca jamás vistos vituperios;
Luego la saña y el furor prólijo
Abrasaron los dichos monasterios;
En Santa Fe pasó por esta vía,
Que es do Chichiriviche se decía.

Los cuales su maldad han sustentado,
Y se sustentan tan proterva cepa,
Sin habello por esto castigado,
A lo menos castigo que yo sepa;
Por haberse muy bien fortificado
En parte que del mal algo discrepa,
Y en Cumaná tuvieron los escesos
Varios y diferentes los sucesos.

Pues cuando la maldad allí se ensaya
Y el viento barria la candela,
Huyéronse dos frailes á la playa
Donde tenían cierta canoela:
Con la cual se pusieron en Araya
Adonde se halló cristiana vela,
Y así, poniendo de por medio agua,
Llegaron á la isla de Cubagua.

Con la nueva que dieron se desecha
Cuanto podía dar contentamiento,
Sospechando que de la maldad hecha
Hojeda pudo ser el fundamento;
Y teniendo por cierta la sospecha
Determinan justicia y regimiento
De que fuesen diez barcos bien armados
Para prender á él y á sus soldados.

Van á Maracapaná con gran priesa
Do vieron al autor del disparate
Cebado de la pérdida promesa
Que los indios hicieron del rescate:
La cual bien claro vido ser aviesa
En su trabajosísimo remate;
Y así fué que por no tener aviso,
Nunca pudo salvarse cuando quiso.

Porque viendo venir desta manera
Los barcos conocidos á la vela,
Adivinó su mal, mas no cuál era,
Que los presentes lazos no recela;
Mas yendo todos para la ribera
Para huirse con la carabela,
La gente de los indios circunstante
Con armas se les puso por delante.

El apostema y el furor revienta
De los pechos por maña reprimidos,
Hierve la furia, crece la tormenta,
Confúndense con gritos y alaridos:
La flecha y la macana se ensangrienta,
Muchos de los cristianos hay caídos,
Otros que huyen la sangrienta fragua
A nado se metían por el agua.

Fueron aquestos los mejor librados,
Aunque con deshonor así huían,
Pues eran recogidos y amparados
De los dichos diez barcos que venían:
Los otros todos son despedazados,
Aunque con gran valor se defendían,
Do Hojeda pagó su desconcierto,
Quedando con los otros allí muerto.

Reconocido bien lo que pasaba,
Los barcos con espesos remadores
Volvieron á Cubagua, donde estaba
Por justicia mayor Antonio Flores:
El cual en este tiempo recelaba
Otros inconvenientes no menores,
Por los amenazar crueles manos
De indios que tenían comarcanos.

Los cuales apretaron su venida
Contra la isla con mayor pujanza,
De yerba pestilente proveída
La punta de la flecha, dardo, lanza:
El agua ya les era defendida,
Pérdida de la paz el esperanza,
Y esperar les parece cosa fea
Con ser trescientos hombres de pelea.

En quien temor causó tanta demencia
Que se dejaron en esta isla sola,
Y todos sin vigor de resistencia
Determinaron ir la Española:
Para lo cual con suma diligencia
El levadizo mástel se enarbola,
Dejando las haciendas adquiridas
Con el deseo de escapar las vidas.

Cuál dejaba su casa, cuál su tienda
Llena de sedas, lienzos, paño fino,
Cuál la pieza mayor de su vivienda
Arrumada de pipas de buen vino;
Cuál si poco tomó de su hacienda
Con temor lo dejó por el camino,
Todo lo menosprecia y le baldona
A trueco de salvarse su persona.

Como suelen en fortunoso caso
Aquellos que por mar hacen su vía,
Que por asegurar el mortal vaso
Alijan la comprada mercancia;
Así lo hace por el campo raso
Cualquiera destos hombres que huía,
Hasta dejar la ropa y atavío
Con priesa de se ver en el navío.

Con esta cobardía tan sin tiento
Se dispusieron todos al pasaje,
Llegaron con salud y en salvamento
A Haití, do llevaban su viaje:
Fueron nuevas de grande discontento
Después que recitaron su mensaje,
Y maldecían hombres y mujeres
La bajeza de aquellos mercaderes.

Porque luego los indios comarcanos
Que Cubagua tenían á los ojos,
Sabiendo ser huidos los cristianos
Vinieron á gozar de los despojos:
De los cuales hincheron bien las manos,
Aumentando con vino los enojos;
Pues cuanto mas el bárbaro bebía
Tanto mayor braveza concebía.

Anda la borrachera y el tabaco,
Hinchense bien las pieles y los senos,
Suenan voces y gritos en el saco,
Y cuantos van y vienen vuelven llenos:
Acudieron también de Cariaco,
Y los de Santa Fé ni mas ni menos;
Cuantos iban al fin destas raleas
Revolvían cargados de preseas.

Abierta pues según es declarada
La puerta de tan dura competencia,
Determinaron de hacer armada
Los señores de la real audiencia:
Para ser con castigo refrenada
La furia de la bárbara demencia,
Trescientos españoles, fuertes pechos,
Se juntaron con armas y pertrechos.

Fué Gonzalo de Ocampo por tiniente
De don Diego Colon el almirante,
Y para gobernar aquesta gente
El audiencia le dió poder bastante:
El suceso callamos de presente,
Pero dirémoslo mas adelante;
Pues aunque caminante presuroso
Quiero tomar un poco de reposo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo llegó GONZALO DE OCAMPO al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron.

Los autores de torpes desatinos
Nunca pueden tener hora segura,
Porque demás de ser aquestos dinos
Del pago que merece su locura,
Esa misma maldad abre caminos
Para mayor dolor y desventura,
Pues nunca subió tanto la malicia
Que sobre ella no vuele la justicia.

Ansi los indios destas poblaciones,
Cuando con hechos torpes inhumanos
Pensaron allanar sus tropezones,
Entonces los hicieron menos llanos;
Y ellos buscaron nuevas ocasiones
Para los aligir sangrientas manos,
Y de ser tan indómitos y bravos
Nació la perdición de ser esclavos.

La era pues de veinte ya llegada,
Con mas mil y quinientos de su rueda,
Cuando la del sol iba desviada
Del tauro, y á los dos hijos de Leda
Llegaba, de Haití salió el armada
Para vengar los daños de Hojeda,
Y puestos en buen orden y concierto
A Cumaná llegaron y á su puerto.

Acudió luego bárbara palestra
Considerando ser la guerra cierta,
Mas la gente cristiana como diestra
Con disimulación cerró la puerta;
Pues marineros solos hacen muestra
Y los demás debajo de cubierta,
Y porque de las armas se despidan
De paz los llaman y con paz convidan.

Preguntaba la pérdida cuadrilla
Si de Haití venían de camino;
Respondieron que vienen de Castilla
Cargados de rescates y de vino:
Con fardos de ruán y de presilla,
Hachas, machetes, cuentas, coral fino;
Que vengan los que quieren al contrato,
Que de todo harán muy buen barato.

Reportáronse con placer extraño
De ver pocos cristianos inocentes,
Ignorantes del ya pasado daño,
De la misma cautela dependientes;
Pues pensaban usar de aquel engaño
Que con ellos usaron vuestras gentes,
Y aun debajo deste desvarío
Llegaron con canoas al navío.

Cebados del olor desta mentira,
Entró luego quien mas cerca se halla,
Diéronles de comer y anda la jira
Del vino de Jerez y de Cazalla:
Revestida de paz está la ira,
Sinceridad mostraba la canalla,
Rogando con amor de parentesco
Que vayan á tomar algun refresco.

Mas al tiempo que estaban descuidados,
Bebiendo cada cual por maravilla,
Valentísima copia de soldados
Con gran furor salió del escotilla;
Prenden aquí y allí muchos culpados,
Y al indio que llamaban Ortegulla,
A quien frailes hacían gran regalo,
Y fué para con ellos el mas malo.

Pues seis dias después del estampida
Vivió fray Dionisio, que de gana
Quisiera conservar gente rompida,
Por conocer en él voluntad sana;
Mas Ortegulla le quitó la vida
Con un terrible golpe de macana,
Pagándole con mal el atrevido
El bien que dél había recibido.

Presos los indios pues incontinente,
Algunos se pusieron en cadenas,
Y de los principales mas de veinte
Ahorcaron allí de las entenas,
Por atemorizar la demás gente
De que estaban las playas todas llenas;
Y echados á la mar los cuerpos muertos,
A Cubagua se fueron y á sus puertos.

Allí de nuevo ponen sus banderas
Reparando las pérdidas que digo,
Y luego revolviéron mas de veras
A las ejecuciones del castigo:
Saltan en Cumaná y en sus riberas
Con opuesto rigor del enemigo,
Porque de indios cantidad inmensa
Engrosaba por horas la defensa.

Mas Gonzalo de Ocampo no desmaya;
Pues con muertes de indios y pesares
No solamente les ganó la playa,
Pero también entró hasta Tagares:
La fama y el temor hizo que vaya
Por todos los confines de sus mares,
Do con solo doscientos españoles
Les allanó las cumbres y peñoles.

Amedrentando todos los vecinos
De los rebeldes pueblos congregados,
Y por ellos haciendo hechos dinos
De ser en estas partes celebrados:
Pobló las sendas, playas y caminos
Con cantidad de indios empalados;
Trajo también gran número de vivos,
A quien luego herraba por captivos.

Pudo también prender en una villa
Un valiente gaudal en traje vario,
Vestido con un hábito y capilla,
Y dentro de la manga breviario:
Hermano, dicen, fué del Ortegulla,
Y no menos á frailes adversario,
Al cual colgaron en un alto risco,
Y en hábito murió de San Francisco.

Hecho pues el castigo desta suerte,
A Cumaná volvió y á sus riberas,
Adonde, por el agua, hizo fuerte,
Porque pudiese ya venir cualquiera
A la coger sin miedo de la muerte
Que daba la nación desta frontera:
Venían libremente pues por agua
Los barcos y navios de Cubagua.

Aquesta fuerza hecha, fundó luego
Un pueblo que llamó nuevo Toledo,
Adonde se vivió con mas sosiego
De lo que de presente decir puedo;
Porque vino de paz el rey don Diego,
No tanto por amor cuanto por miedo,
Y aun él mismo publica que se espanta
De ver la vecindad y nueva planta.

En aquesta sazón que voy diciendo,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo, bendito reverendo,
Testigo de muy grandes sinrazones,
A quien Dios levantó, segun entiendo,
Por favorecedor destas naciones;
Bartolomé Casás se decía,
Padre desta moderna monarquía.

Cuyo nombre merece ser eterno
Y no cubrirse con oscuro velo,
Pues procuró de dar tan buen gobierno
A los conquistadores deste suelo,
Que sacó muchas almas del infierno
A la contemplación del alto cielo:
Aqueste pareció tal cual lo pinto
Ante la majestad de Carlos quinto.

Y al Cumaná ya dicho le pedía
Sin saber de la muerte franciscana,
Afirmando por cierto que traería
Los indios á la religion cristiana;
Mas no con belicosa compañía
Sino con amistad de gente llana;
Y así, debajo deste presupuesto,
Al César prepotente dijo esto:

« Cesárea Majestad, por tiempo luengo
He tenido mi casa y residencia
En las partes de Indias, de do vengo
A decirlos negocios de conciencia:
Si á la humildad del hábito que tengo
Vuestra gran Majestad diere licencia,
Que bien creo que no me irá á la mano
La cristiandad de rey tan soberano.

» Con las humildes plantas y novelas
Que vienen á católica vivienda,
Usan los españoles de cautelas
Dignísimas, señor, de gran enmienda:
Abusos, desvergüenzas, corruptelas,
De que las Indias son publica tienda;
No son perros que ladran, sino lobos
Que viven de rapinas y de robos.

» De cuantos allá viven se destierra
El peso, la razón y la medida:
Y el simple natural de aquella tierra
No tiene libertad ni tiene vida;
Pues manteniendo paz le hacen guerra,
Le quitan la mujer y la comida:
Al pacífico, llano y al mas manso,
A este se le da menos descanso.

» No creen haber rey los naturales
Que refrene molestias semejantes,
Porque vuestras justicias y oficiales
En las maldades son participantes;
Y aun ellos mismos son los principales
En los negocios mas exorbitantes:
Y así, si no cortáis inconvenientes,
Presto verán su fin aquellas gentes.

» Segun han sido malos y nocivos
En las islas que son de aquellos mares
Adonde ya no vemos indios vivos
De tan numerosísimos millares;
Así, con tantos daños escesivos,
Harán en Cumaná y en los Tagares,
Donde traman y tejen largas trenzas
De la atrocidad y de desvergüenzas.

» Desde Caracas hasta Chacopate
No suele la soltura ser angosta,
Adonde so colores de rescate
Asuelan y destruyen la tal costa:
Conviene remediar su disparate,
Y que el remedio vaya por la posta;
Pues tanta mas será la destemplanza
Cuanto fuere mayor esta tardanza.

» Aquellos naturales, segun siento,
No son allí, señor, gente tan dura,
Que no vengan al buen conocimiento,
Viendo buenos ejemplos y blandura;
Y mas si del presente rompimiento
Vuestra gran cristiandad los asegura,
Poniéndoles allí varones llanos
Que vivan del trabajo de sus manos.

» Aquestos han de ser hombres casados,
Ayunos de guerreras competencias,
Y porque sean mas reverenciados
Honrallos heis con francas eminencias;
Y en alguna manera señalados
Por las esteriore aparencias,
Porque temores de otros se resfrien,
Y destes solamente se confien.

» Yo con ellos iré para el efeto
De lo que por palabras aquí muestro,
Pues cumpliré también lo que prometo
Cuanto debe fiel vasallo vuestro:
Teniendo tan buen orden y respeto
Como quien destas cosas es maestro;
Y entiendo con alguna suficiencia,
Que sabré descargáros la conciencia.

A la sustancia del razonamiento
Que el Casás ó Casás explicaba,
Su Majestad estuvo muy atento,
Como quien dar remedio deseaba:
Pidió memorial y llamamiento
De hombres de quien él se confiaba,
Y puestas en consulta las razones,
No faltaban contrarias opiniones.

Mas aunque hubo quien contradijese,
La Majestad real le dió favores,
Dineros y navios, do viniere
Cargado de sus llanos labradores:
No poco huecos con el interese,
Por se considerar de cavadores,
Caballeros armados é ya hechos
Con unas cruces rojas en los pechos.

Vereis á Joan Martín y á Pero Mingo
Con una gravedad muy entonada,
Olvidados del brinco y del respingo,
Que daban al tirar del agujada:
Vereis cómo pasean el domingo
Con plumas en la gorra colorada,
Y al padre reverendo rodeado
Deste su rusticísimo senado.

Al fin á Cumaná hizo su via
Con pertrechos, recados y aderezos,
Do salió con aquesta compañía
Admirada de ver nuevos cabezos:
Saltó Pedro Pascual, Anton García,
Cejudo, Joan Manojó, Hernán Bezos,
Muchos con Mari Lopez, Joana Luenga,
Sancha, Teresa Diaz, Mari Menga.

Dióles el parabién de bien venidos
Aquel Ocampo con sus baquianos,
Burlando de los trajes y vestidos
Y la rusticidad destes villanos;
Teniendo por errores conocidos
Sus modos de poblar torpes y vanos,
Entre indios crueles y bestiales
Mas brutos que los brutos animales.

Y así les dijo: « mis señores primos,
No penseis acertar estas jornadas
Por via de halagos y de mimos,
Sino con muy gentiles cuchilladas;
Pues en la tierra donde residimos
La buena paz negocian las espadas:
No vereis amistad en esta tierra
Si no se gana con sangrienta guerra.

» Este será mejor salvo-conduto
Y la mas acertada medicina,
Pues esta gente no sabe dar fruto
Sino de la manera que el encina;
Y el señor padre viene mal instruto,
Pues que tan de rondón se determina
En querer ablandar sin golpes robles
Menos blandos aun y menos nobles.

» Mudables todos á cualquiera viento
Que sus bestialidades satisfaga,
Jamás en ellos mora buen intento,
Ni supieron á bien dar buena paga:
Conocimiento ni agradecimiento
Nunca jamás á bien que se les haga;
Es finalmente gente de tal masa,
Que á las maldades nunca pone tasa.

» Así que, señor mio licenciado,
El tiempo destas cosas que yo digo
Os podría hacer desengañado,
Y al mismo tiempo ponga por testigo;
Por tanto no vivais muy confiado,
Pensando del traidor hacer amigo,
Pues cuando juzgueis ser menos atroces
Os tienen de tirar un par de coces.

El licenciado Casás, viendo esto
Tan en contrario de sus opiniones,
Al Ocampo tenido por molesto
Hizo notificar sus provisiones;
Y para que saliese deste puesto,
Requerimientos y protestaciones:
El Ocampo con su gente de guerra
A Cubagua se fué y dejó la tierra.

Segun el Casás quiso todo hecho,
Al cacique habló con gran caricia,
Diciéndoles venir con limpio pecho
Y sin resabios malos de codicia:
Para se desvelar en su provecho,
Defender su razón y su justicia,
Y para ser amigos y parientes
Sin ser de sus haciendas pretendientes.

La bruta y atrevida pestilencia
Mostró sinceridad y manso brio,
Y luego, no sin grande diligencia,
Hicieron un grandísimo buhio,
El cual todo hinchó su reverencia
De vino, de rescate y atavio:
Hacienda cuyos números contados
Montaba mas de siete mil ducados.

Luego determinó por su presencia,
Y de sus caballeros no sé cuántos,
De parecer en la real audiencia
Para comunicar negocios santos,
Sin sospecha de guerra ni pendencia,
Ni cosa que le dé malos espantos;
Antes tuvo por cierto que dejaba
Cuanta seguridad se deseaba.

Mas la gente sin fe, bestial y fiera,
De codicia crúel estimulada,
Determinó de dar en la sincera,
De semejante trance descuidada.
; Oh cuánto mas entonces les valiera
El andar barbechando la cañada,
Ir á buscar el buey de cerro en cerro
Y escuchar dónde suena su cencerro!

; Cuánto mejores fueran las meriendas
Hechas en el cubil y en las cabañas,
Que las sangrientas guerras y contiendas,
En que se daban todos malas mañas!
; Cuánto mejores otras encomiendas
Que pudieran guardalles las entrañas
Y el encomienda de la sobrecarga,
Cuando tercios atados queda larga!

; Cuánto mejor también á Marimenga
No mudar el andar con nueva ropa,
Ni dejar de hacer la hebra luenga,
Mordiéndolo con los labios el estopa;
Y hacer que el marido se detenga
Para ver si le sabe bien la sopa,
La sabrosa cecina, los tasajos,
Y en el rescoldo las cabezas de ajos!

¡Cuánto fuera mejor la mansa suerte,
De pocos ó ningunos conocida,
Que la de aquel que dellas se divierte
Con imaginacion desvanecida!
Pues entonces buscó la dura muerte
Cuando se despidió de aquella vida,
Como hicieron estos caballeros,
De quien quiero decir sus paraderos.

Pasados eran ya los quince cientos
Con cinco lustros mas y mas un año,
Cuando rabiosos perros y hambrientos
Destruyen el católico rebaño,
Entrando por pajizos aposentos,
De quien nunca jamás les hizo daño;
Y entró tal multitud de gente brava,
Que treinta partes menos resobraba.

Bien como riguroso ventisquero
De borrasca que viene repentina,
Con la cual el inútil marinerero
Lleno de confusion se desatina;
Y para gobernar aquel madero
No sabe cual es arca ni bolina,
Mas antes sin preparacion alguna
Se deja convencer de la fortuna;

Ansi también, ó miserables varones,
Rodeados de perros inhumanos,
En aquestas terribles confusiones
No supieron valerse de sus manos:
Todos son gritos y lamentaciones
Y encomendarse á Dios como cristianos;
Mas esto poco tiempo les duraba
Por el poco lugar que se les daba.

Porque como ningunos se defienden
De la gente cruel y fementida,
Los pechos abren, las cabezas hienden
Con una crueldad jamás oída;
Porque son bestias fieras que pretenden
No dejar criatura con la vida:
Era lo bueno pues que en el estrago
Decian: «Santiago, Santiago.»

Y en este confusísimo ruido
No hay fuerza de crueldad que no les cuadre:
Matan á quien les ha favorecido,
Y en amistad les era como padre:
A la mujer delante del marido,
Y al muchacho delante de su madre,
Y de doscientos no dejaron cosa
Sino quien puso pies en polvorosa.

Pues pocos, alentados de mas brio,
Viendo la muchedumbre que venia,
Huyeron á la boca de aquel rio
Cubiertos de las matas que tenia,
Y á nado se pasaron á un navio
Que en estas horas agua recogia,
El cual sin acabar de tomar agua
Huyó para la isla de Cubagua.

Donde por la desgracia sucedida
Mostraron todos triste sentimiento,
Y demás desto porque la bebida
No podia ya ser sin detrimento;
Y en efecto les fué bien defendida
Por los indios del torpe vencimiento,
Los cuales concluidas las peleas
Repartieron despojos y preseas.

Luego también aquel indio don Diego,
En aquesta maldad el mas horrendo,
A las cristianas casas puso fuego,
El agua con su gente defendiendo,
Sin ser parte por armas, ni por ruego
Para la coger ya, sino muriendo;
Y así después el agua que bebían
Desde la Margarita la traían.

De jagüeyes hidiondos y salobres,
Que el español sediento descubria,
Para sustento suyo y de los pobres
Indios de aquella rica granjeria,
En barriles, ó cántaros de cobre
A la Punta-las-Piedras se traía,
Adonde la metían en bajeles
Allí hinchendo pipas ó toneles.

Pusieron en la isla arrieros,
Los cuales con trabajos insufribles
Llevaban para dar á los barqueros
En puertos de la mar mas convenientes,
Cuyos gastos no fueran sufrideros
Si no fueran tan grandes los posibles;
Pero dejémoslos desta manera:
Volvámos al Casáus, que me espera.

El cual, después que supo la rencilla,
La desventura y el rigor insano,
Determinó de se poner capilla
En hábito y honor dominicano:
Fué sobre los negocios á Castilla,
Y en ellos apretó tanto la mano,
Que hizo que hiciesen nuestros reyes
Para las nuevas Indias nuevas leyes.

El fué quien descubrió la gran solapa
De males hechos en aquesta gente,
Defensa fuerte, protector y capa
De los bárbaros indios de occidente:
Siendo después obispo de Chiapa
Acabó su carrera santamente,
Y en Indias el protervo y el sencillo
Tienen justa razon de bendecillo.

Mas vista por entonces la demencia
De los de Cumaná y el desatino,
Los señores de la real audiencia
Buscaron el remedio que convino:
Vino por capitán desta tenencia
Jácome Castellon, noble vecino,
Con trescientos soldados escogidos,
De cosas convenientes proveidos.

Rompió con gran furor los enemigos
Que en su defensa se mostraron bravos,
Hizo regurisimos castigos
Primero que viniesen á conchavos;
Y antes y después de ser amigos
Sacó crecido número de esclavos,
Y en la boca del rio con presteza
Hizo de cal y canto fortaleza.

La cual se concluyó muy á provecho
Año de veinte y tres y un mes corrido,
Nombróse por alcaide de lo hecho
Y capitán mayor deste partido:
Los reyes confirmaron su derecho
Y fué con salario proveido:
Duró la fuerza hasta el año treinta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Pues en esta sazón faltando guerra
Hubo tan gran temblor y movimiento,
Que derribó de la vecina sierra
Gran parte con mortal asolamiento:
Del bárbaro vecino desta tierra
Cercano del horrendo rompimiento
Bramidos de las ondas fueron tantos
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,
Y con temor la vida despedían,
Los que vivos quedaron ya dijeron
La causa deste mal que padecían:
Que fué por las maldades que hicieron
En aquellos que mal no merecían;
También del terremoto y aspreza
Cayó gran parte desta fortaleza.

Escapáronse todos los cristianos,
Los cuales visto lo que les importa,
En la reformacion ponen las manos,
Y el Castellon á ello los exhorta:
El cual allí vivió dias ancianos,
Y después del Andrés de Villacorta,
De manera que con los dichos muros
Estaban de los indios mas seguros.

No les aprovechaba ser ruines,
Porque con sofrenadas los regían,
Y así por estas playas y confines
Otros muchos cristianos acudían:
Venían de Cubagua bergantines
Y llevaban el agua que querían,
Consortes finalmente desta danza
Gozaban de grandísima pujanza.

Vuelven los potentísimos empleos,
Acuden los contratos y bullicios,
Hay fiestas, regocijos, hay torneos,
Con muchos cortesanos ejercicios:
Hay damas, hay galanes, hay paseos,
Engrandécense mas los edificios;
En isla tan estéril é inamena
Nunca jamás se vió mesa tan llena.

Cuanto mas el ostial se frecuentaba
Tanto mayor riqueza descubria,
Si prosperidad hoy representaba
Mañana mas grandeza prometia:
La pesquería se multiplicaba,
La gente y el contrato mas crecía,
Con cuya grosedad y múltiplo
Quien mas pobre llegó salio muy rico.

Finalmente que las prosperidades,
Que sin excesos vanos os alabo,
Crecian en tan grandes cantidades
Que ningunos pensaron ver el cabo;
Mas por revolucion de las edades
Llegaron á notorio menoscabo,
Y porque de cansado hago pausa,
Después os contaré cual fué la causa.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta á cuánta disminucion vino la granjeria de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas.

De bienes que fortuna concediere
No se fie quien dellos mas alcanza,
Ni piense ser seguro quien tuviere
De prospero suceso confianza:
Solo puede tenella del que diere
Seguridad de bienaventuranza,
Pues los que de ventura viven llenos
A veces de la misma tienen menos.

Acontece caer lo soberano,
Suélese desmembrar lo mas entero,
Pues vieron el furor del otomano
Debajo de los pies del pastor fiero;
Y al gran emperador Valeriano
En semejante trance lastimero,
Y reinos en potencia muy erectos
Servir á los que fueron sus sujetos.

No se pudo librar desta mudanza
El rico morador desta cultura,
Pues vino de su prospera pujanza
A todos los extremos de jactura,
Perdiendo la hacienda y esperanza
De ver otra tan buena coyuntura,
Por no se reguardar aquel dinero
Para faltas del tiempo venidero.

Aunque muchos se dieron buena maña,
Pues por adivinar casos futuros
Compraron grandes rentas en España,
Hereditades, haciendas, censos, juros;
Y así vencieron fortunosa saña
Haciendo sus contratos mas seguros,
Como el jurado Juan de la Barrera
Y el Diego Caballero desta era.

Y los Beltranos dos, Alvaro y Diego,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien, mediante Dios, trataré luego
Si de vital aliento fuere dino;
Pues si yo al Cabo de la Vela llego
En la prosecucion deste camino,
Haré mención de nobles moradores
En virtud y riqueza no menores.

Entonces tomaremos entre manos
Con amistad y término debido
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Amparo y proteccion de aquel partido;
Pues nuestras riñas y rencuentros vanos
Yo los he sepultado con olvido,
Que los que juventud con furia manda
El curso de los tiempos los ablanda.

Estremos ansimismo de grandeza
Allí sabré decirlos algun dia,
Que hubo, descubierta su riqueza,
Por hombres desta misma granjeria;
Pero quiero volver á la pobreza
Que primero Cubagua padecia,
Por desaparecer todos los ostiales
E ya no hallar rastros ni señales.

La razon desta falta daban muchos,
Que no sabré decir si la tuvieron,
Diciendo que cardúmenes de chuchos,
Pescados como rayas, las comieron:
Otros que los ostiales eran duchos
A se ir y mudar, y así se fueron;
Mas semejantes causas y razones
Contradecían otras opiniones.

Pues en las partes donde son sacadas,
Y aun suelen ser las perlas principales,
Muchas veces las hallan muy pegadas
A peñascos, roqueros y ciriales;
Y son con instrumentos arrancadas
De los buzos indios naturales,
Y por esta razon quien mas alcanza
Afirma que no pudo ser mudanza.

Por la misma razon es desvario
Lo que suele decir alguna gente,
Congelarse las perlas del rocío
Y en cada concha una solamente;
Pues yo que de mi vista me confio
He hallado la cuenta diferente
En una sola concha, cuyos senos
Tenian cinco y seis y mas y menos.

La razon que se dió menos aviesa
Por algunas personas curiosas,
Fué decir que les dieron tanta priesa
Que se acabaron como las mas cosas;
Pues andaba la mano tan espesa
Que no fueran las ostias poderosas,
Para se la henchir de ricos dones
Sin producir de nuevo criazones.

Y en efecto, por largo movimiento
Y discurso de tiempo que las cria,
Hoy de nuevo las hallan con aumento;
Pero para la dicha granjeria,
La Margarita tienen por asiento
Por ser isla mas fértil y sania;
Mas en Cubagua no, ni quieren vella,
Pero yo si por acabar con ella.

Pues entonces faltó de su ribera
La flota de canoas que solia,
No pone canoero la bandera
Para mostrar cuán próspera venia:
Las intenciones eran de cualquiera
Adaptar su vivir por otra via;
El tráfago, bullicio y el estruendo
A mas andar se iba deshaciendo.

Faltaban ya las fiestas diputadas
Para sus regocijos y placeres,
Las playas no se ven embarazadas
Con tratos de los ricos mercaderes:
No se vian las calles frecuentadas
De hombres, ni muchachos, ni mujeres,
Pocos dias habia finalmente
Que no saliese della mucha gente.

Como cuando por casos señalados
Hacen en las ciudades algun juego,
Que están los miradores ocupados
Con tantos que perturban el sosiego;
Y aquellos regocijos acabados
Los que miraban desaparecen luego,
Volviendo cada cual á su vivienda,
A sus tratos, oficios y hacienda;

A Cubagua con estas variedades
Acontecía ni mas ni menos,
Pues el tiempo de las prosperidades
Había plazas, calles, puertos llenos;
Y en el rigor de las adversidades
Huyeron los que se hallaron buenos,
Pues allí no quedó sino desnudo,
O quien por ser ya viejo mas no pudo.